

CAPÍTULO XVII

ASCENSION MATUTINA

EL CIELO AZUL.—LA ATMÓSFERA RESPIRABLE

Pasamos la tercera parte de nuestra vida durmiendo: ocho horas diarias por término medio, comprendiendo en ellas el tiempo invertido en acostarse y levantarse. Si tenemos además en cuenta que los quince primeros años de nuestra vida quedan perdidos para nuestra conciencia intelectual y para la posesion entera de nuestras facultades espirituales, resulta que un hombre que cree haber vivido sesenta años, porque ha llegado efectivamente á esta edad, no ha vivido en realidad mas que treinta: y si de estos se deduce el tiempo perdido en las comidas (pués el comer y el beber son una condicion fatal de la vida terrestre), y además el que se pierde inútilmente, tendremos que la existencia mas larga y mejor empleada es del todo insignificante al lado del tiempo que seria necesario para la ciencia.

Mientras el sueño de la mañana nos envuelve en su inerte sudario, la naturaleza hace maravillas en la tierra.

Nuestro globo ha pasado la noche, henchido por completo, en el lindero del bosque de Fontainebleau.

Al despuntar la aurora, acudimos á tomar posesion de nuestro dominio, y á regresar á la region de donde hemos bajado la vispera. Nuestro compañero de viaje ha tenido que quedarse en tierra. Hice los preparativos para las observaciones que debia verificar, y ocupé mi puesto en la barquilla; Godard se instaló en frente de mí dispuesto á maniobrar.

Estamos á 10 de junio de 1867. El Sol va

á salir; la atmósfera se presenta de una pureza rara; la campiña está impregnada del olor húmedo de los prados y de los bosques.

Nos separamos de tierra á las 3 y 55 minutos, elevándonos con suma lentitud á causa del rocío que ha caido durante la noche sobre el globo. Los madrugadores campesinos que, formados en círculo al rededor del punto que acabábamos de dejar, miraban cómo nos remontábamos, componian un grupo de una semejanza perfecta con el que ciertos artistas han pintado representando la ascension de Jesucristo.

Presenciamos la salida del Sol: el rojizo astro se eleva majestuosamente por el horizonte celeste, en medio de un profundo silencio que no deja de llamarme la atencion. Creia yo que á semejante hora todas las avejillas cantaban, que todos los insectos murmuraban, que todos los seres vivos festejaban la llegada del dios del dia, pero en aquella mañana y con un cielo purísimo, el regreso de la luz fué recibido con una especie de indiferencia.

El globo pasa sobre el pueblo á menos de 100 metros de altura. Al sentirnos ó al divisarnos, los perros prorumpen en ladridos extraños, los pavos cloquean, y las aves de corral chillan: estos animales, asustados con nuestra aparicion, atraviesan con precaucion los corrales y huyen; otro tanto hacen algunas bandadas de cuervos, lanzando plañideros graznidos.

Vemos blancas praderas que parecen

cubiertas de agua, efecto producido por las blancas nieblas que sobre ellas se extienden, y que desde léjos ofrecen el aspecto de grandes lagos. Cuando pasamos por encima de dichas nieblas, nos presentan la apariencia de un fino plumon.

La direccion de la corriente que nos impide forma casi un ángulo recto con la que nos empujaba ayer. Marchábamos hácia el sudeste; ahora vamos hácia el sud-oeste; es la corriente inferior; un poco mas arriba se convertirá en sud-sud-oeste, y mas arriba aun, nos llevará directamente al sud. Al bajar, volveremos á encontrar las direcciones sud-sud-oeste y sud-oeste, de suerte que la línea que seguimos traza en proyeccion horizontal una especie de S prolongada.

Desde la puesta del Sol reina la calma mas completa en la superficie del suelo. Cuanto mas nos alejamos de la tierra, mas rápida es la corriente. Por lo comun sucede lo contrario durante el dia, y sobre todo, antes y despues de las doce.

Acompaña á nuestra marcha matinal el canto de las alondras. Pasamos por encima de una sucesion de rocas rojizas, que desde léjos parecen hojas de otoño. A nuestros piés advertimos una bruma general muy lijera. Llegamos á 735 metros de altura, y el cielo está enteramente despejado, pero el horizonte aparece limitado á 120 metros de altura por una zona de vapores cenicientos, sobre la cual nos remontamos.

La humedad del aire era considerable al partir: 93 grados del higrómetro de precision de Saussure; sin embargo, ha aumentado, á medida que nos elevábamos hasta los 150 metros, zona en que llegó á 98 grados, pero luego empezó á disminuir, de suerte que á los 1,168 metros era de 84 grados. El aire es cada vez mas seco.

Muchas mariposillas blancas han revoloteado al rededor de nuestro globo, á los 1,000 metros. Llegamos á los 1,250 metros; el termómetro marca 4° menos que en tierra; el higrómetro señala 62, y nuestro cronómetro las 4 y 55 minutos.

Preséntase un fenómeno singular con motivo de la *sombra del globo*. Esta sombra, que ayer tarde veíamos correr por los campos, y que era *negra*, redonda, y rodeada de una lijera penumbra y de una vasta aureola, es ahora *blanca*. Es una extensa claridad que ocupa al parecer muchas hectáreas, abarcando mas espacio que la poblacion de Milly. Dicha claridad me parece tan sorprendente, que no consiento en admitirla hasta despues de media hora de observacion y de haberme convencido de que se halla siempre opuesta al Sol y que viaja con nosotros. El espacio cubierto de árboles ó cultivado sobre el que cae aquella sombra luminosa aparece mas iluminado que el resto expuesto á la sola luz del Sol. ¿Acaso hará el globo el efecto de una inmensa lente? Observamos este fenómeno hasta las 7 y 15 minutos, á cuya hora la sombra se hizo invisible. Diez y siete minutos despues era negra, pero sin aureola. El hombre que se hubiese hallado al paso de dicha sombra, se habria visto sorprendido por un eclipse de sol de un carácter particular. Creeríase, en virtud de la observacion precedente, que el eclipse habria sido luminoso; pero si se observa con mas atencion semejante fenómeno, se verá que aquella sombra, en apariencia luminosa, era un *anhelio* (1).

A las 5 y 15 minutos entramos en el departamento del Loiret, y nuestro vuelo parece dirigirse hácia Pithiviers. Nos hallamos á 1,500 metros de altura, distinguiendo perfectamente los mas insignificantes detalles de la dilatada campiña. El bosque de Orleans se delinea al sud-oeste; mas allá se divisa la ciudad del mismo nombre; pero se necesita un buen antejo para distinguir sus torres y sus dos puentes blancos. El límite del horizonte se extiende mucho mas allá hasta una inmensa distancia. Deseamos averiguar cuánto tiempo invierte el sonido

(1) Mancha luminosa, situada en la parte opuesta al Sol. De este fenómeno y otros análogos se tratará en el Capítulo VI del Libro segundo de esta obra.

en volver á nosotros desde la tierra, pero por mas que gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones, el eco no vuelve; tal vez consista en que nuestra voz está ahora demasiado alta para dignarse descender hasta el suelo vulgar. Sin embargo, percibimos en lontananza el silbido de una locomotora: mas aun; oímos algunos ladridos y distinguimos bastante bien el cacareo de una gallina que acaba de poner.

Los caminos aparecen á nuestra vista como estrechas y prolongadas cintas. Los innumerables pueblos, que podían contarse por centenares, se asemejan á diminutas miniaturas. El Sena brilla al Este, cerca de Melun; el Loira se divisa al Sud-oste por Cosne, Chantillon y otras muchas poblaciones; el horizonte circular abarca tan vasta escena.

A las 5 y 30 minutos pasamos por Boissyle-Drouard, á 1,750 metros de elevacion, y volvemos á ver mariposas en torno nuestro. ¿Qué vendrán á hacer á semejante altura? ¿Las habrá empujado el globo? Sea de ello lo que quiera, vuelan como si estuvieran en su atmósfera.

El valle poblado de árboles y verde que se extiende al oeste desde Pithiviers hasta Malesherbes nos parecia un rio, y la primera poblacion un dado deformado.

De la Beauce pasamos al Gatinais. La fuerza ascensional sigue aumentando. Por última vez percibimos el ladrido de los perros, pero muy débilmente; el calor del Sol parece mas intenso en nuestro rostro, porque el frio se acentúa á nuestros piés en la barquilla, y no viene el menor soplo de aire á mitigar el ardor del esplendente astro. Son las 6; el esquife aéreo, elevándose sin cesar, boga á 2,400 metros de la superficie de la tierra; á las 6 y 20 minutos, llega á 2,700 metros; á las 6 y 30, á 3,000, y ocho minutos despues, la burbuja de gas de la que estamos suspendidos flota á 3,300 metros de altura perpendicular sobre el Loira.

Al llegar aquí se despliega ante nuestros asombrados ojos ese mágico panorama que

los mas temerarios ensueños no osarian concebir. El centro de la Francia se extiende á nuestros piés como una llanura ilimitada, rica en matices, y de los tonos mas variados. El espacio es de una limpieza absoluta en todas partes. Me levanto, y con los brazos apoyados en el borde de la barquilla como en un balcon celeste, dejo vagar mis miradas por el inmenso vacío.....

Allá abajo, á diez mil piés de distancia, la vida emite su radiacion universal: plantas, animales, hombres, respiran juntos en la capa inferior de este océano aéreo; aquí arriba, se debilita ya la energía de la vida. Allá abajo palpita al unísono el corazón de todos los séres; allá abajo se mezclan los perfumes de las flores; allá abajo murmura la melodía de las existencias, y allá abajo elévanse del humus nutritivo de la tierra maternal las espigas y las vides, los cañaverales y las encinas; y en este aire, principio y sosten del calor vital, se perpetúa el concierto de la inextinguible existencia.

Mas en las alturas donde flota esta nave lijera como el aire, en este camino invisible por donde el hombre pasa por vez primera, no pertenecemos ya al imperio de la tierra viviente. Contemplamos la naturaleza, pero no reposamos ya en su seno. El silencio absoluto reina aquí en toda su melancólica majestad. Nuestras voces no tienen eco; estamos rodeados de un ilimitado desierto.....

Es tan profundo y terrorífico el silencio que domina en estas regiones, que el aeronauta duda si vive todavía. No es precisamente la muerte lo que aquí reina; es la ausencia de la vida. Parece que ya no forma uno parte del mundo de abajo. Como el globo está absolutamente quieto en medio del aire que marcha, la inmovilidad que nos rodea trasciende á nuestro espíritu. Somos contempladores aislados de la escena del mundo que no sabemos si bajamos de los cielos para llegar á un planeta habido, cuya magnificencia se revela en ese panorama maravilloso. ¡Cuán admirable es

esa vasta escena de la naturaleza hácia la cual nos dirgimos! ¡Qué dulce paz y qué riqueza! ¿Quién osaría creer que, en tan bella residencia, el hombre vive desdeñando é ignorando semejantes esplendores, y que un parásito como él ha encontrado el modo de crear la guerra y el mal en el seno de la belleza y del amor?

Si; el silencio que reina en esas profundidades tiene algo de imponente; es el preludio del silencio de los espacios interplanetarios, espacios mudos y sombríos al través de los cuales giran los mundos en rápidos torbellinos. La tinta que presenta el cielo es enteramente nueva para nosotros. Por arriba, es de un color azul ceniciento oscuro; su matiz transparente é insondable va debilitándose insensiblemente, siendo azul turquí á los 45°, azul claro á los 25°, casi blanco en nuestro horizonte, y se detiene en un círculo de nubes bien marcadas.

Creo no enseñar nada nuevo á mis lectores diciéndoles que la bóveda del cielo no existe. Si existiera en realidad, las ascensiones aeronáuticas tendrían mucho mayor atractivo, porque daría nuevo pábulo á nuestra curiosidad eso de ir á tocar con nuestras manos la techumbre azul sobre la cual estaria instalado el emperio; por mi parte, confieso que he sentido mucho, sobre todo en la ascension de que me ocupo, no haber podido remontarme siquiera hasta el paraiso. ¡Qué nuevo origen de instruccion! Pero dada nuestra condicion actual, es preciso para ello salir de esta vida, y cuando uno se encuentra bien en ella, no se tienen muchos deseos de intentar la aventura! Por consiguiente, no tenemos mas remedio que privarnos de la dicha de hacer un viaje al paraiso.

Yo no creia experimentar el menor mal-estar, y no sé por qué ni cómo sentí cierta indisposicion que vino á interrumpir mi contento. A las 6 y 45 minutos noté una singular sensacion de frio y de entorpecimiento; mi respiracion era difícil, me zumbaban los oídos, y por espacio de medio

minuto sentí fuertes palpitations de corazón. Aunque este último efecto ejerza en la organizacion una influencia que no se puede evitar, no le di importancia alguna, porque mi corazón tiene la mala costumbre de acelerar sus latidos muy fácilmente y por causas que no valen la pena. El entorpecimiento de la garganta y del oído procedían sin duda de la rápida sequedad del aire. Bebí un vaso de agua que me hizo mucho bien. Al destapar la botella, que estaba medio llena, el tapon saltó con estrépito, como el de una botella de Champagne. Esta circunstancia se explica fácilmente considerando que teníamos la tercera parte de aire menos que en la superficie de la tierra, y que por lo tanto la presión atmosférica estaba reducida á los dos tercios.

No dije una palabra á Godard acerca de las molestias que experimentaba, las cuales cesaron al poco rato. Me animaba el secreto deseo de subir tanto como fuese posible. Por desgracia sobrecogió á mi aeronauta otra especie de incomodidad, y se inclinó sobre el borde de la navecilla en la postura de un deudor que tiene algo que devolver á la tierra, y que no puede guardarlo mas tiempo en su interior. Sin embargo, no hubo nada, quedando todo reducido á una simple veleidad, pero que fué causa de una nueva observacion. En medio del silencio sepulcral que nos rodeaba, los esfuerzos y los sonidos guturales repercutían con un timbre chillón en el globo suspendido sobre nosotros, y abierto; como es sabido, en su parte inferior. El interior de este parecia una vasta sala de 800 metros cúbicos, vacía y lúgubrememente sonora. Entonces me puse á lanzar al espacio fuertes notas, y advertí con verdadero asombro que si bien el sonido no volvía hasta mí desde la tierra, lo reproducía el impasible globo con una especie de estridente ironía.

¿Á qué altura estábamos á la sazón? No puedo precisarlo. Al querer colocar una tabla sobre los bordes de la navecilla para escribir con mas comodidad, hice un mal

movimiento y di un golpe con aquella al barómetro de mercurio, haciendo pedazos el tubo y cayendo el metal en el espacio; y como por otra parte, el barómetro aneroide habia llegado á la extremidad de su círculo, nos quedamos sin ningun indicacion referente á la altura.

El globo navega aislado en el seno del vacío; por debajo tenemos el espacio inmenso; por encima el infinito de los cielos. El Sol parece menos brillante, tal vez á causa de la carencia de superficies reflectoras en torno nuestro. El globo gira de vez en cuando sobre sí mismo, y tan pronto vemos el astro solar delante de nosotros, como detrás, ó á un lado, aunque nuestra línea no varía. Cuando nos ponemos de pié en la barquilla para ver si distinguimos algunos detalles de la tierra, observamos que giramos á veces sobre nosotros mismos.

Como quiera que nuestros instrumentos no indican ya la altura, Godard determina abrir algun tanto la válvula para bajar un poco. Me confesó entonces que en ninguna de sus 905 ascensiones se habia remontado á tan gran altura. El hombre prudente debe decidirse á bajar cuando, por decirlo así, camina á oscuras. A pesar de mis súplicas, mi aeronauta se negó á complacerme, y su mano pérfida tiró de la válvula!...

En el mismo momento, percibimos el penetrante silbido de una locomotora. Atravesábamos á la sazón el Loira, por Chateaufort: en vano buscamos con la vista el camino de hierro de donde procedía el silbido; pues este no venia de tan léjos, sino de quince metros sobre nosotros; el gas al escaparse del globo silbaba con tanta fuerza como el vapor.

Tuvimos que abrir la válvula diferentes veces y dejar que salieran mas de diez metros cúbicos de gas para que el barómetro aneroide detenido empezara á indicar un ligero movimiento de descenso. Cuando el globo ha llegado á su máximum de dilatación, y el nuestro lo estaba entonces, dar salida al gas equivale á arrojar lastre, de

suerte que el globo, en lugar de bajar, sube un instante.

Después de perder la considerable cantidad de fluido que he indicado, el aparato bajó de la altura desconocida á que se habia puesto. Al llegar á los 3,300 metros, la aguja del barómetro aneroide, detenida hacia 14 minutos en la extremidad de su camino, emprendió de nuevo su marcha en sentido inverso, y giró con una velocidad perceptible á la simple vista. Con efecto, descendimos con mucha rapidez, y el globo no se halló en equilibrio hasta que hubo llegado á la zona de 1,600 metros.

El aspecto geométrico de la tierra, vista desde la gran altura á que habíamos llegado, tiene algo de paradójico; siendo nuestro planeta un globo esférico, parece natural que si uno se remonta sobre su superficie, advierta poco á poco dicha esfericidad, y sin embargo, no sucede así; antes bien, conforme se va subiendo, se nota un efecto absolutamente contrario. En vez de elevarse por debajo de nosotros, como la teoría lo enseña, el globo se aplana y *se ahueca*, de suerte que nos hallamos insensiblemente en medio de dos superficies cóncavas, el cielo y la tierra, que se unen en nuestro horizonte, pero cuya doble concavidad es tan pronunciada debajo como encima de nosotros.

Este efecto inesperado se explica en virtud de las leyes de perspectiva. Supongamos que nos hallamos á 3,000 metros de altura, y que á la misma elevación flotan cien globos á un kilómetro de distancia uno de otro y en una línea horizontal. Cada una de las líneas que van desde dichos globos á la tierra tiene 3,000 metros, pero parecen sucesivamente mas pequeñas segun su alejamiento de la nuestra, y como los extremos superiores de estas líneas forman nuestro plano horizontal, los inferiores son los que se acortan. Aquí resulta el efecto inverso del que presenta una calle de obeliscos cuyas cimas descienden progresivamente hacia el plano en que está situado el ojo del

observador; si en vez de hallarse este sentado en el pié lo estuviera en la cima del primer obelisco, los piés mas apartados serian los que se remontarian hácia el horizonte de su visual. Esta misma explicación permite comprender el descenso aparente de las nubes en el horizonte.

Hemos bajado casi en línea recta hasta Tigy, y seguimos avanzando por encima de Sologne, á la altura media de 1,600 metros: en vez de continuar hácia el Sur, torcemos al sud-sud-oeste. Yo no me canso de admirar cuanto contemplo; ni el Océano, visto desde lo alto de los acantilados, ni la Suiza desde lo alto de las montañas, valen lo que esta llanura. Los observadores de Chateaufort vieron nuestro globo del tamaño de un puño; y ni con los mejores anteojos pudieron distinguir los detalles de las banderolas ni de la barquilla.

Continúa reinando un silencio absoluto. Bajamos lentamente, y advierto que de nuevo empiezan á zumbarme los oídos con mayor intensidad y molestia. Por mas que hago, no logro mitigar este malestar; antes al contrario, va aumentando hasta convertirse en un verdadero dolor, como si me estiraran con pinzas los nervios auditivos. Este padecimiento duró diez minutos y desapareció poco á poco.—Media hora después de haber llegado á tierra, di un bostezo colosal, y entonces pareció que entraba el aire en mis oídos á oleadas intermitentes.

Decididos á bajar del todo, abrimos otra vez la válvula, después de haber avanzado media hora por la zona de 1,600 metros. Esta nueva pérdida de gas nos hizo bajar 1,000 metros, y el globo cesó otra vez de descender, siguiendo una marcha casi horizontal á 600 metros. Esta observación no carece de interés ni de importancia. Abriendo la válvula con prudencia, de modo que no se pierda una excesiva cantidad de gas, para evitar una caída precipitada y de un efecto demasiado brusco, se baja en una cantidad equivalente á la diferencia de la ligereza específica producida por la pérdida

del fluido. Así pues, el descenso total se verifica en varias veces, eligiéndose el mejor punto de arribada á tierra.

Los termómetros suben, y el higrómetro vuelve progresivamente á la humedad; el cielo continúa enteramente despejado: se empieza á oír el canto de los pájaros. Ya no distamos mas que 500 metros del suelo; parece que estamos en tierra, y confieso francamente que por mucha que sea la satisfacción y el interés científico de un viaje

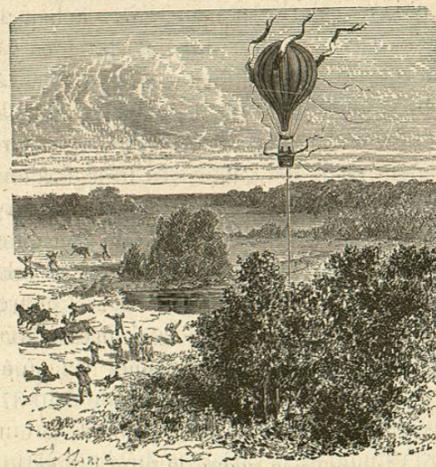


Fig. 54.—¡ES EL DIABLO! ¡ES EL DIABLO!...

en globo, se experimenta cierta bienhechora tranquilidad al acercarse á ese pavimento vulgar que pisamos desde nuestra infancia.

Pasamos sobre la encina de las Haronnières que tiene 21 piés de circunferencia, y cuyo ramaje mide 43 metros de diámetro. Las alondras cantan á coro revoloteando por las campiñas.—Dejamos á la izquierda el dominio imperial de la Grillaire, y preparamos nuestro descenso. En esto, algunos muchachos que estaban apacentando los ganados, y las mujeres que trabajaban en el campo empiezan á lanzar terribles gritos, á levantar las manos al cielo, y á huir asustados, empujando por delante sus rebaños y buscando un refugio en su huida, al ver el globo que desciende oblicuamente presentando cada vez mayor volumen, y los

gallardetes que flotan á cada lado, los cuales les parecen manos extrañas, ó tentáculos. Es un pulpo formidable que desciende de las nubes: ¡es el diablo! ¡es el diablo!...

No podemos explicarnos semejantes supersticiones en nuestra época. ¿Cómo es posible suponer que un globo se parezca á Belcebú, cuando jamás se ha visto á este? ¿Y cómo se justifica la irreverente idea de creer que el diablo pueda bajar del cielo?

Afortunadamente, la mayoría de los habitantes del país adivinó que el objeto que acudía á visitarlos era un globo. Echamos pié á tierra en un campo de la aldea de Vouzon, departamento de Loira y Cher, á las 7 y 45 minutos de la mañana. La ruta seguida en la etapa de ayer y en la de esta mañana es de 160 kilómetros, 60 la primera y 100 la segunda, ó sea 10 leguas en 6 horas y 20 minutos; todo sin que hayamos advertido que no estábamos en un reposo absoluto. Por consiguiente, la velocidad media del globo, ha sido de 7 metros por segundo. La de nuestro primer viaje fué mayor; de 8^m045, habiendo llegado á 10^m37 durante la tempestad.

El estudio de la variación de la humedad atmosférica según la altura, y el de la variación de la temperatura del aire correspondiente á esta humedad, que era el objeto principal de esta ascensión, ha dado por resultado, juntamente con las observaciones hechas en las ascensiones sucesivas, que el vapor de agua esparcido en el aire de un modo invisible, aumenta desde la superficie del suelo hasta una zona donde llega á su máximo, por encima de la cual va decreciendo constantemente hasta las mayores alturas. Al propio tiempo que la humedad disminuye, la transparencia del aire por el calor aumenta, de suerte que el calor solar atraviesa más fácilmente el aire de las regiones superiores, sin quedar absorbido por él, resultando de aquí que este es muy frío, y el sol muy caliente. La conclusión de estas averiguaciones se reduce á que el vapor de agua en suspensión invis-

ble en el aire influye en la temperatura mucho más que el nitrógeno y el oxígeno, y que el aire mismo. Dicho vapor es el que conserva el calor en la atmósfera, y á él le debemos la temperatura real del aire en las diferentes estaciones.

Se me ha preguntado á qué altura se encuentra la primera corriente de aire fresco sobre París en el momento en que el calor es insostenible en esta ciudad. Puedo asegurar que es menester elevarse lo menos 500 metros para verse enteramente libre del polvo parisiense, y que no se respira un aire agradable hasta que se sale de las fortificaciones.

Dirigióme un doctor de Issoudun esta pregunta, aparte de otras varias que me han hecho algunos médicos acerca del mismo asunto. Aprovecharé, pues, esta ocasión para decirles que la víspera de mi partida estaba yo aquejado de un fuerte catarro pulmonar, y que una fiebre bien caracterizada me había hecho pasar una noche de insomnio. No me querían dejar marchar, y á duras penas conseguí escaparme. Sin embargo, á decir verdad, en un globo no son de temer las corrientes de aire: es el sitio del mundo donde se está más al abrigo del aire. Cuando subimos á bastante altura nos rodea una suave temperatura y no nos inquieta el más imperceptible céfiro. Lo cierto es que en el globo se me pasó el catarro; creo por consiguiente que ha de llegar día en que los señores facultativos propinen á su clientela baños de aire, en vez de enviarla á Trouville ó á Biarritz.

Verdad es que sigue siendo problemática la dirección de los globos, á pesar de los trabajos efectuados en estos últimos años para descubrirla; pero por el presente no veo en ello inconveniente alguno, y al contrario, en esta misma circunstancia encuentro un atractivo particular. ¿Para qué saber á dónde se va? Yo comparo la esfera de hidrógeno que me lleva con mi propia existencia. ¿Sabemos acaso á dónde vamos? ¿A qué puerto arribaremos en nuestra úl-

ma hora? ¿Cuál es la fuerza que nos guía? No. Arrebatados por el destino misterioso, nos encaminamos todos en encontradas direcciones. Lo importante para nosotros es saber arrojar lastre á tiempo, es decir, esquivar los escollos, rejuvenecernos y librar-nos de la pesada materia. De este modo nos elevamos hácia la luz; de este modo progresamos hasta la altura que nos es permitido alcanzar, afirmando cada vez más nuestra dignidad de hombres.

Si se conociera la dirección de los globos, los viajes aéreos se parecerían á los otros y pasarían al dominio público. Es mucho más agradable y divertido no saber á dónde se va, y visitar los hermosos países de nuestro

suelo natal sin tomarse la molestia de buscarlos ó elegirlos.

La seda del globo, cubierta de humedad al partir, se había secado á los rayos del Sol como si un fuego ardiente la hubiese calcinado. Si el aeróstato no estuviera abierto inferiormente, habría estallado sin remedio á cierta altura, sorpresa muy poco agradable por cierto. Después de haberlo doblado, se cargó en un carro, y llegamos á la estación del ferro-carril de Lamothe-Beuvron, sentados sobre aquel maravilloso tejido que poco antes nos tenía suspendidos á 3,000 metros de altura.

¡Así pasan las glorias de aquí abajo, y también las de allá arriba!